

## *Presencia de los Balcanes en la cultura catalana*

Juan M. RIBERA LLOPIS

I. Con lo genérico de este título se quiere dar entrada a una serie de datos y referencias que prueban el contacto que ha existido entre las orillas más lejanas del Mediterráneo. Tendrá todo lo que aquí se diga perfil de aproximación. No se trata en absoluto de una relación exhaustiva que no estoy en condiciones de hacer. Con toda seguridad hay muchas más llamadas a favor de ese nexo mediterráneo que aquí se construye en horizontal, de oeste a este. Ordenaré las noticias que conocía y aquéllas a las que me ha conducido la cadena de lecturas de estas últimas semanas, desde que se me propuso esta colaboración. Acogiéndome al amplio puerto del término *cultura*, pasaremos por la historia, por la literatura y, porque no, por la canción. Entre esa cadena de encuentros y llamadas, no obstante, pudiera llegarse a discernir una razón a favor de ese eje de conexiones. Ésa, como mucho, sería la propuesta de estas líneas.

II. La partida desde Mesina en 1303 de la «Companyia catalana», expedición para ponerse al servicio del emperador bizantino Andrónico II, quien debía hacer a su capitán, Roger de Flor, «megaduc» y casarlo con su sobrina, hija del zar de Bulgaria, es el umbral de la presencia aquí tratada. La relación de ese primer paseo de los catalanes por geografía de la Rumania —denominación que abarca el Imperio Griego o de Constantinopla, correspondiéndose con la Tracia, la antigua Macedonia y parte de Asia Menor— halla su mejor relación en la *Crònica* (1328) de Ramon Muntaner, quien participara directamente en aquella epopeya. Pero más allá del asesinato de Roger de Flor (1305) y del deambular vengativo de los catalanes, topificado románticamente por autores como Tomàs Aguiló i Forteza —*Rugero de Flor* (1841)— y Antonio García Gutiérrez —*Venganza*

*catalana* (1854)— y aún en el cruce de siglos —*Los Pirineus* (1893) de Víctor Balaguer y *Lo camí del sol* (1904) de Àngel Guimerà—, lo que interesa es el asentamiento catalán en 1311 en Atenas, primero de los «ducats» catalanes de la Hélade, asentamiento completado con otros núcleos como Tebas, Livadia, Neopatria y Salona. Fue la caída de este último «ducat», en 1394, la que inicia el ocaso de esa presencia. Pero entre el paréntesis de esa cronología, de 1303 a 1394, se establecen unos nexos que anudan aquella geografía a la cultura catalana. Fueron los contactos establecidos y las llamadas de la población catalana allí establecida a su corona de origen, las vías que dejan documentado un capítulo importante de la historia catalana a la vez que abren un arsenal para el conocimiento de la historia balcánica. Habrá que insistir más en este segundo nivel. Si quien se esforzó en ser ordenador de aquella documentación e historiador de aquella experiencia, Antoni Rubió i Lluch (1856-1937), pudo escribir que «El descobriment d'una Grècia catalana és, al nostre entendre, una de les sorpreses més inesperades que ha deparat als investigadors moderns la història de la vida mig-eval» (1914: p. 1), hay que entender que eso fue así no sólo a favor de intereses catalanes sino también de la zona de instalación. En sus trabajos Antoni Rubió i Lluch insiste en que, frente a otras colonizaciones como la franca, la presencia catalana dejó un fuerte legado documental seguramente por lo significativo de la población desplazada y por su profundo asentamiento. A resultados de todo ello, esa documentación revela complementarias aristas: es por una parte, al tiempo que mira e informa, reveladora del atractivo y comunión que suscita en los catalanes aquella tierra. Incluso en quienes no dejan de ser informados, contagiados, a este lado del Mediterráneo. Así lo prueba el documento de Pere III en 1380 preocupándose por el estado y alabando la belleza del Partenón, entonces convertido en el templo de Santa María de Cetines —«... la pus rica joya qui al mont sia»—, documento que fue considerado por Antoni Rubió i Lluch como la primera expresión de «sentiment estètic» suscitada desde el occidente europeo (1908: pp. 12-13), criterio reconocido por Gregorovius (E. Solà i Farrés, 1988: p. 50). Asimismo, el interés del apocalíptico Arnau de Vilanova intercediendo por la salvaguarda del Monte Athos, seguramente ante las noticias de los ataques de la «Companyia catalana» en 1307, y que hizo a Jaume II ordenar interrumpir aquellos asaltos y poner «aquella veritable república monacal» bajo su protección (A. Rubió i Lluch, 1923: pp. 33-43).

Pero es además, esa documentación, informadora directa de la vida y situación de aquellos territorios durante la Edad Media. Valiéndose de ella, y

en sus diferentes trabajos y entre otros asuntos, Antoni Rubió i LLuch pudo reconstruir la organización civil y social de los citados «ducats» y los usos sociales de la vida urbana (1933: p. 5) e informar sobre la etnia albanesa y sobre la población griega, la cual no aparece reflejada en documentos de otras dominaciones (1933: pp. 19-32); ofreció datos sobre la «vida literària» de Atenas en el siglo XIV (1926: pp. 8-9) y describió la Tesalónica de esa misma centuria como importante foco intelectual, comercial y religioso, con un templo dedicado a San Demetrio, dice, «... rival de Santa Sofía de Constantinoble» (1923: pp. 31-32); pudo seguir los pasos de la «Companya» y alcanzar la Blaquia, «la terra més forta del món» según Ramon Muntaner (1923: p. 53). En suma, el corpus documental provocado por la presencia catalana en los Balcanes, amén de incorporar aquel mundo a nuestra cultura, se ofrece como cancela para entrar en él. Precisamente en una cronología sobre la que no abunda información en el occidente europeo.

III. Por eso, esa documentación mereció ser reconocida como fuente informativa, por ejemplo, de la historia medieval de Atenas (A. Rubió i Lluch, 1908: p. 7). Esa documentación o, lo que es casi lo mismo, la labor archivística del citado Antoni Rubió i Lluch, es el puente entre aquel arsenal y su aprovechamiento contemporáneo. Su interés pudiera venir ya a través de su padre, Joaquim Rubió i Ors, de quien se conserva un texto inédito, *Los catalanes en Grecia* (1841) (v. J. K. Demetrius, 1965: p. 127) y la composición *Roudor del Llobregat sobre los almogávares*. Pero, al parecer y definitivamente, lo animó el *descubrimiento* en la biblioteca madrileña de Víctor Balaguer, en 1897, del texto de Epaminondas Stematiodis *Los catalanes en oriente* (1869). Se podría decir que desde ese instante Antoni Rubió i Lluch conecta complementariamente con el pasado catalán en Grecia y con la cultura griega coetánea, viajando sucesivamente en 1895, 1896 y 1909 a aquellas orillas. Esos datos y más que podamos destacar en ese sentido han sido ordenados por E. Solà i Farrés (1988) quien, ante la labor de Rubió i Lluch, acertó a hablar de él como *bizantinista y grecista*. Lo primero lo fue mediante la labor como recuperador de la citada documentación y su estudio. Entre 1881 y 1947, si atendemos a fechas de publicación incluso póstuma, se prolonga una serie de cincuenta y un trabajos según la bibliografía ordenada por E. Solà i Farrés (1988: pp. 75-79; v. tb. J. K. Demetrius, 1965: pp. 126-127) que él mismo afirma que no puede considerarse exhaustiva. Antoni Rubió i Lluch tenía como proyecto una «Història de la Grècia catalana» (1920: p. 3) que, si no ordenó, está esparcida en esas monografías, conferencias, artículos, etc. Su *Diplomatari de l'Orient Català*

(1301-1409) (1947) es, en ausencia de aquélla, su obra magna y ha incentivado una larga producción historiográfica ordenada por E. Solà i Farrés (1988: pp. 60-62), según el cual (1988: pp. 55-56) ha sido el norteamericano K. M. Setton quien con *Catalan domination in Athens* (ed. cast. 1975) ha cumplido el citado proyecto de Antoni Rubió i Lluch. A ese título cabe añadir algún otro como *Expansió catalana per la Mediterrània* (1967) de J. F. Cabestany.

Para realizar aquella labor Antoni Rubió i Lluch asumió la necesidad de entrar en contacto con la intelectualidad griega, y aquí surgió el *grecista*. Conocía el griego clásico y el moderno. Así pudo estudiar los textos de los historiadores griegos y contactar con los neogriegos como Miguel Acominatos, Ferdinand Gregorovius, Spiridion P. Lambrós y Neroutzos. También, en un espectro más amplio, estableció relación con geógrafos, folkloristas y poetas (v. E. Solà i Farrés, 1988: p. 23). Antoni Rubió i Lluch abrió así el círculo a través del cual se había sentido atraído por Grecia —la Grecia informada por los documentos catalanes medievales— y enlazaba con la cultura coetánea neogriega. Ya tempranamente dio signos en esa dirección. En sus primeros acercamientos al griego clásico tradujo a Safo y Anacreonte, pensando a la vez en buscar el sello de aquel pasado lírico en la poesía posterior, por ejemplo en el poeta neogriego formado en los principios rumanos Athanasios Kristopulos (1772-1847) (E. Solà i Farrés, 1988: p. 21). A ello respondió su tesis doctoral *Estudio crítico bibliográfico sobre Anacreonte y la colección anacreóntica y su influencia en la literatura antigua y moderna* (1879). Esa vía de contacto con la coetaneidad balcánica contaría con un lazo afianzador en la edición poliglótica de *Lo Gayter del Llobregat* (1889) de Joaquim Rubió i Ors, donde figuran seis traducciones griegas realizadas por el genealogista Constantin Christomanos (A. Rubió i Lluch, 1906: p. 31). Lo cierto es que Antoni Rubió i Lluch, que ostentó el consulado de Grecia en Barcelona, se convirtió en el informador para la cultura catalana de la moderna literatura griega. Lo hizo a través de revistas, traduciendo *Lukis Laras* de Dimitrios Vikelas —texto acompañado de unas «Breus observacions sobre la novela grega moderna», en 1881— y publicando una antología narrativa, *Novelas griegas de Demetrios Vikelas, Jorge Drosinis, Angyros Eftaliotis, Constante Palamos y G. M. Vizyenos* (1893). Podemos establecer, por tanto, que el contacto con la Península balcánica no se hizo sólo en función del pasado clásico, ni siquiera mediatizado por la presencia catalana medieval, sino atendiendo bien a la producción cultural más inmediata. Un personaje como Lluís Nicolau d'Olwer (1888-1961) puede entenderse como intelectual crecido en

ese marco, interesado a la vez por la reconstrucción del pasado catalán en Grecia —editó en 1926 los episodios de Muntaner al respecto, con el título *Expedició dels catalans a Orient*, y amplió los límites de aquel impulso con *L'expansió de Catalunya en la Mediterrània oriental* (1926)— y, al tiempo, buen conocedor del griego y divulgador, mediante sus artículos en *La Publicitat* (1923-1927) presentando los primeros volúmenes de la Fundació Bernat Metge, de los clásicos y de su influjo y persistencia en la cultura catalana (v. V. Alsina i Keith, 1995: pp. 6-7). Él, que también fue discípulo de Antoni Rubió i Lluch, nos sintetiza aquella coordinada al recordar que el estudio del griego clásico se combinaba con el bizantino y el moderno, lo que puntualiza con el siguiente recuerdo: «Tal era el método de mi maestro Dr. Luis Segalà, el concienzudo traductor de los poemas homéricos: comenzábamos el curso de literatura griega leyendo la *Iliada*, lo terminábamos leyendo el *Lukis Laras* de Bikelas» (Ll. Nicolau d'Olwer, 1965: p. 27).

Había ciertamente datos a favor de esa sintonía. Volviendo a Antoni Rubió i Lluch, se puede entender fácilmente que, desde la situación cultural y política catalana del cruce de siglos, se conectara con el regeneracionismo griego coetáneo (v. E. Solà i Farrés, 1988: d. p. 28). También que el buen conocedor de aquella Grecia que fue Antoni Rubió i Lluch, abiertamente atraído por la literatura neogriega, descubriera un doloroso hermanamiento entre Grecia y Cataluña así como similitudes de espíritu, por ejemplo, en ciertos episodios de la novela de Vikelas (v. E. Solà i Farrés, 1988: pp. 65-67). En esa línea, Antoni Rubió i Lluch participó y tomó partido en la polémica lingüística entre la *katharevousa* y el *demotiki*, optando por la primera propuesta (v. E. Solà i Farrés, 1988: pp. 68-71). Tal vez al *grecista* catalán aquel embate le recordaba el que durante el ochocientos había vivido su propia lengua entre las propuestas sincronista y diacronista, entre «el català que ara es parla» y el catalán recuperado en documentos del cuatrocientos atrás. Si así fue, Antoni Rubió i Lluch debía haber pensado en lo rentable que fue para el catalán haber optado crecientemente por una línea equilibrada y no obcecarse, en el caso griego, a favor de una propuesta en exceso purista.

En cualquier caso, todo un terreno abonado a favor de un renovado interés por el Mediterráneo oriental. Lo veremos también certificado en ciertas relaciones de viajes como la de Ramon Alòs-Muntaner —*Impressions d'un viatge a la Grècia* (1911)— que cuenta su periplo con Rubió i Lluch en 1909, o en *De Barcelona al Caire, passant pels Dardanel*s (1926) de Vicenç Coma Soley, o en *Cartes de navegar* (1935) de Guillem Díaz Plaja, avanzadillas de títulos de posteriores figuras como Josep Pla. En todas

ellas encontraremos impresiones de viajeros escrutadores que se transforman en análisis político en manos de Lluís Nicolau d'Olwer cuando, a raíz asimismo de un viaje, publique en 1927 artículos en *La Publicitat* como «La qüestió de Macedònia» o «Nicolae Iorga, historiador i polític».

En ese paisaje, por tanto, no extraña la periódica documentación aparecida en catalán sobre materia balcánica. Con todo, habría que discernir lo que en ella hay de mirada al pasado clásico y de pulso con la realidad inmediata. Me atrevo a plantear que un ejemplo de esa doble dirección nos lo podría ofrecer Carles Riba (1893-1959), viajero también a Grecia en 1927: cuando en *Elegies de Bierville* (1943; 1.ª ed. completa 1949) rememore por ejemplo la perennidad de *Sunion*, mirará hacia la eternidad clásica; cuando opte por traducir a Kavafis (ed. póstuma de 1962, *Poemes de Kavafis*), remitirá a esa experiencia más directa, no menos trascendente a la larga. Por ser, así pues, punto de referencia y constante esa mira, aquel mundo ha seguido presente en la cultura catalana. La musicación de Kavafis por Lluís Llach —*Itaca* (1975)—, al tiempo que muchos la entonaban como un descubrimiento, era otro eslabón de una cadena con sobrados antecedentes. Esa geografía que hoy nos reúne no es en absoluto un mundo ajeno para lo catalán. Hablamos de una geografía constantemente acercada hacia la cual y entre otros Maria del Mar Bonet ha establecido sólidos arcos —no sólo en el monográfico *El.las* (1993)— mediante, digamos ahora y transformando levemente el título de un volumen de viajes mediterráneos de Lluís Nicolau d'Olwer, su *pont de veu blava*.

IV. Pero antes de acabar voy a mirar hacia atrás, al tiempo aquel en que los catalanes llegaron a aquellas costas, deambularon y se asentaron en aquellas tierras durante un siglo. Ese regreso no será para notificar algo más que nos devuelva a la historia. Sólo informaremos cómo aquella historia se tradujo en literatura, en dos títulos, cada uno, desde diferentes dimensiones y significado, de atractivo alcance. El primero en quedar citado es *Tirant lo Blanc* (1490) de Joanot Martorell. Texto que amasa narrativamente tanta historia coetánea y que propone la redención de Constantinopla, no podía ser ajeno a tantos hechos y a tantas figuras propias del medio geográfico en que discurre gran parte de la acción, el citado Imperio Griego. Mencionaré ahora una sola referencia y de acuerdo con la revisión que al respecto hace M. de Riquer (1990: pp. 164, 169-170). Se trata de los posibles modelos para el caballero Tirant. Joanot Martorell no desecha episodios de la aventura oriental de Roger de Flor, según la *Crònica* de Ramon Muntaner, y acude a hechos de caballeros vivos como Pedro Vázquez de Saavedra (M.

de Riquer, 1990: pp. 168-169, 171-177). Pero la investigación entre un trabajo de 1953-1954 del profesor rumano Constantin Marinesco y la más reciente aportación del profesor húngaro Kálmán Faluba ha regularizado que se cuente con un contemporáneo de Joanot Martorell, el caudillo rumano János Húnyadi, *voivoda* de Hungría y vencedor sobre los turcos en 1448 y 1456, como modelo de Tirant. Muchos datos, amén de las emblemáticas victorias, aproximan el personaje novelesco al histórico. Por ejemplo: János, por valaco, fue llamado Balachus, voz mantenida en occidente como Blach o, por deformación, Blanch en catalán, Bianco en italiano o Blanc en francés como certifican diversos documentos. Las victorias de «lo comte Blanch» se celebraron en Valencia y Barcelona. El personaje era conocido y Joanot Martorell pudo sumarse a esa mitomanía: su caballero, liberador de Constantinopla, llevará un cuervo en su bandera como lo llevaba el escudo de armas de Húnyadi, y ante su próxima muerte se hará atender espiritualmente por su confesor, un franciscano, siendo de la misma orden el religioso que está en 1456 junto al lecho de muerte de János Húnyadi. El *voivoda* en cuestión circuló por entre la literatura catalana como reflejo de aquella fama. I. de Riquer (1997: pp. 35-42) propone que donde en el anónimo *Plors, plants, senglots e gemechs de congoxa, complant* sobre la caída de Constantinopla, se alude a «lo Blach ros» (I. de Riquer, 1997: p. 76, XXX, v. 239), entendamos que se trata de János Húnyadi.

El otro texto anunciado es la anónima *Història de Jacob Xalabín* (a. 1404), relato de impronta oral que cruza datos tergiversados de las crónicas turcas con motivos folklóricos y de la ficción caballeresca y sentimental, para llevarnos al final al escenario de Kossovo en 1389, 1387 en el documento. El texto ya mereció la temprana atención del historiador y filólogo rumano Nicolae Iorga en 1921. Interesaba aquél, podríamos decir, porque más allá de sus rasgos lingüísticos y literarios, es un documento para la historia balcánica, para el sentir de los pueblos que, incluidos los catalanes, la vivieron en aquella cronología. Al conducir el relato, entre aventuras varias y tras una inicial descalificación de Bajazet, hacia el episodio bélico en que este sultán derrotará a los cristianos conducidos por el rey serbio Lazar, se convierte a nuestros ojos en un panfleto contra el gran enemigo Bajazet que si bien fue el destructor del «ducat» de Salona, fue también el invasor de toda la geografía inmediata. *Història de Jacob Xalabín* pudiera ser la expresión en catalán, para consumo en principio de los catalanes instalados en Grecia, de un episodio histórico que asimismo propició todo un ciclo de poemas épicos en las lenguas nativas del territorio tal y como estudiara N. Banasevic (1926). Esa coincidencia de intereses quizás esté en la base de lo

que, en un trabajo junto a la Dra. E. Popeanga (1985: pp 224-243), proponíamos: que la tradición sobre Jacob Xalabín, en su textualización catalana llegara, a la península —a Sevilla, donde se halló el manuscrito catalán— con la embajada de Sotomayor y en el séquito de dos damas griegas rescatadas a Bajazet. Que estas últimas se expresaran en una lengua y que aquella tradición estuviera redactada en otra no era óbice para que los grupos sociales que unas y otra representan no se sintieran identificados ante un enemigo común. Si se quiere, es ésta una particular manera de certificar la convivencia entre los pueblos instalados en aquel medio. Respecto al indicio que esta lectura pudiera traer sobre la, al menos, coincidencia de intereses entre los pueblos balcánicos y los catalanes entre ellos asentados en la Edad Media, quisiéramos que estuviera en la línea en que insistió Antoni Rubió i Lluch al proponerse documentar que, a pesar de la *leyenda negra* forjada sobre aquella presencia, no fue ésta más negativa que la de otras potencias occidentales y quizás lo fue menos si se atiende al importante legado documental. En cualquier caso, recuperar la relación medieval propició un creciente encuentro contemporáneo cimentado en las correspondencias nacionales de finales y principio de siglos, y derivó hacia un conocimiento en función de las circunstancias actuales que, podríamos argüir, ha seguido vigente en aras de la mediterraneidad de nuestras culturas.

## BIBLIOGRAFÍA\*

- ALSINA I KEITH, V. (1995): «Pròleg» a *Bibliografia de Lluís Nicolau d'Olwer* de E. Miret i Raspall y V. Alsina Keith, Barcelona, IEC, pp. 5-9.
- BANASEVIC, N. (1926): «Le cycle de Kossovo et les chansons de geste», *Revue d'études slaves*, I, pp. 224-243.
- CABESTANY, J. F. (1967): *Expansió catalana per la Mediterrània*, Barcelona, Bru-guera.
- DEMETRIUS, J. K. (1965): *Greek Scholarship in Spain and Latin America*, Chicago, Argonaut, Inc., Publishers.
- NICOLAU D'OLWER, LI. (1926): *L'expansió de Catalunya a la Mediterrània oriental*, Barcelona, Barcino.

---

\* No se incluye la referencia bibliográfica de los títulos de creación literaria y de crítica que aparecen como muestra de la relación balcánico-catalana establecida en el periodo revisado, excepto en el caso de que se extraiga de ellos alguna referencia específica como es el caso de los estudios de A. Rubió i Lluch, o se les juzgue de particular interés informador o documental (v. Ll. Nicolau d'Olwer, 1926; A. Rubió i Lluch, 1947).

- (1965): «Introduction» a *Greek Scholarship in Spain and Latin America* de J. K. Demetrius, Chicago, Argonaut, Inc., Publishers, pp. 15-22.
- POPEANGA, E., RIBERA LLOPIS, J. M. (1985): «Sobre una nota de Nicolae Iorda», *Revista de Filologia Románica*, III, UCM, pp. 297-304.
- RIQUER I PERMANYER, I. de (1997): *Poemes catalans sobre la caiguda de Constantinoble*, edició i estudi, Vic, Universitat de Barcelona - Eumo Editorial.
- RIQUER, M. de (1990): *Aproximació al «Tirant lo Blanc»*, Barcelona, Quaderns Crema.
- RUBIÓ I LLUCH, A. (1906): *Catalunya a Grecia*, Barcelona, L'Avenç.
- (1908): *La acrópolis de Atenas en la época catalana*, Barcelona, Academia Provincial de Bellas Artes - Imp. Barcelonesa.
- (1914): *La Grècia catalana des de 1370 a 1377*, Barcelona, IEC.
- (1920): *La Grècia catalana des de 1377 a 1379*, Barcelona, IEC.
- (1923): *La Companyia catalana sota el comandament de Teobald de Cepoy. Campanyes de Macedonia i de Tessalia. 1307-1310*, Barcelona, IEC.
- (1926): *Un personatge atenés de l'època catalana: Dimitrios Rendi*, Madrid, Imp. Viuda de Jaime Mates.
- (1933): *La població de la Grècia catalana en el XIVè segle*, Barcelona, IEC.
- (1947): *Diplomatari de l'Orient Català. 1301-1409*, Barcelona, IEC.
- SETTON, K. M. (1975): *Los catalanes en Grecia*, Barcelona, Aymà.
- SOLÀ I FARRÉS, E. (1988): *Antoni Rubió i Lluch, bizantinista i grecista*, Barcelona, RABLLB.